

Por Luis Bay Sevilla

D.M. marzo 20/947

DECIAMOS en nuestro último trabajo que en el año 1913 se construyó el Palacio del Centro Gallego, en el mismo solar que ocupara el Teatro de Tacón, inaugurándose el nuevo Teatro de este nombre, por una Compañía de Opera de la que era máxima estrella el famoso Tita Ruffo.

Don Joaquín Payret en el año 1863 compró el Café y salones de Escauriza, con sus baños y la dulcería, poniéndole al café el nombre de «El Louvre» y dejando el de Escauriza al salón de la planta alta. Más tarde, se dedicó a contratas de viveres para el Ejército y a negociar en cambios de monedas, logrando reunir un gran capital, decidiendo en el año 1875 liquidar todos sus negocios, vendiendo al efecto el café y comenzando la construcción del Teatro Payret, que pudo inaugurar en la noche del 23 de enero de 1877 con una Compañía de Opera que llevó a escena «La Favorita», del compositor Donizetti.

El café El Louvre tuvo después varios propietarios, ignorando nosotros quién o quiénes fueran, hasta el año 1886, en que tanto la casa que ocupaban, como las que les seguían, es decir, las de los hoteles Inglaterra y Americano (antes Legrand), se convirtieron en un solo edificio, tomando entonces el nombre de Hotel Inglaterra. En ese año compró este edificio el teniente coronel retirado del Ejército español don Juan de Villamil, arquitecto e ingeniero, a quien se debió la construcción del Gasómetro de La Habana. Estaba casado Villamil con una joven cubana de apellido Quiroga, naciendo en este hotel casi todos sus hijos, entre quienes figuraban don Amado Villamil, y una hija que casó con don Charles Beck.

En el año 1893, el propio Villamil reconstruyó y amplió aquel edificio, levantándole un piso más y construyéndole los portales. La puerta principal y la escalera que daba subida a los altos, la colocó en el costado contiguo al café El Cosmopolita. Todos los huecos de puertas de la fachada del restaurant eran medios puntos con vidrios mates, donde se veía grabado el nombre del Hotel Inglaterra, conservándose en la actualidad muchos

de ellos. Tenía en casi todos los huecos unas barandas, seguramente, para evitar la entrada de pordioseros o vendedores que molestaran a las personas que allí comían. Después estaba el café, que continuó llamándose El Louvre, y que tenía tres puertas grandes que daban a los portales de Prado y otras a San Rafael.

En tiempos de don Felipe González existía un pequeño saloncito entre la escalera de subida y el restaurant, que ocupó primero don Miguel de Cárdenas, que era corredor de Bolsa. Después estuvo allí la Joyería de Campignon, que se trasladó a otro local del mismo Hotel, al ser reedificado. Este inmueble era de la familia Terry.

o o o

La noche del 11 de diciembre de 1898, cuando las tropas españolas habían evacuado la ciudad hasta la acera norte de Prado, varios soldados, pertenecientes al Batallón de Colón, que estaban acampados en el Parque Central, tirotearon alevosamente a un grupo de personas que se encontraba en el café y en los portales del Hotel Inglaterra, hiriendo mortalmente en la esquina de San Rafael a Jesús Sotolongo y Lynch, muchacho de la Acera y oficial del Ejército Libertador cubano, e hiriendo a otras personas, entre quienes figuraron Arturo Touzet y un individuo de la raza negra a quien se vió con los intestinos fuera del vientre, porque fué acribillado a bayonetazos.

El general Julio Sanguily y «Pepe» Ebra, ambos también de la Acera y miembros del Ejército Libertador, escaparon milagrosamente con vida gracias a la serenidad y valentía del cónsul de Estados Unidos, Mr. Lee, que residía en el Hotel Inglaterra, y también al propio Villamil, propietario del establecimiento, que actuó con muy buen acierto. Este grave suceso lo originó el incidente surgido en el Café Tacón, entre un oficial del Ejército español y el joven Juan Manuel Pérez de Alderete, que era también de la Acera y miembro del Ejército Libertador.

o o o

En el año 1901 don Felipe González, que era ya viudo, vendió el Café Tacón, comprando a Villamil el Hotel Inglaterra e instalándose allí con sus hijos, que fueron los siguientes: Amparo, joven de

extraordinaria belleza, casada con su primo don Manuel López, propietario del restaurant Los Dos Hermanos, del Hotel Sevilla y del Café Miramar; Enriqueta, casada con el hacendado cubano de apellido Suárez, y María, casada con don Salustiano Fernández. En el año 1907, don Felipe reedificó el edificio, construyéndole, además, otra planta, cuyas obras hizo el arquitecto «Pepe» Toraya. Muerto D. Felipe, continuaron al frente del negocio sus tres hijos, Amancio, Alvaro y Raúl, que con sus hermanos Gonzalo y Felipe, fueron siempre excelentes amigos de los muchachos de la Acera. El 31 de marzo de 1931, se vieron éstos obligados a cerrar la casa, porque la cantidad de 4,500 pesos mensuales que pagaban como alquiler al marqués de Perinac, casado con una Terry, era muy crecida, dada la situación económica que prevalecía en el país.

Contigua al Hotel Inglaterra había una casa en la que hasta el año 1880 estuvo establecido el gran café «El Cosmopolita», del que era propietario don Luis Lay, continuando después en aquel lugar este mismo establecimiento, pero con el nombre de Cosmopolita, es decir, sin la n final que tenía primitivamente, cerrando sus puertas en el año 1943, siendo su propietario don Jesús Fernández, hoy dueño del restaurant El Patio-Cosmopolita.

En el año 1886 fué propietario del Cosmopolita don Joaquín Portas, quien estableció allí un restaurant, y al morir éste, quedó su viuda al frente del negocio, hasta el año 1913 que lo traspasó a los hermanos «Pancho» y Cristóbal Negra, quienes nombraron encargado a Manolo Frutos. Después «Pancho» Negra, asociado a «Pepón» Alvarez, decoró lujosamente el edificio, quedando más tarde «Pepón» como único dueño, quien lo vendió a la sociedad García, Cuesta y Compañía. Poco tiempo después cerró esta casa, permaneciendo así más de cuatro años, hasta el 1932 que lo abrió nuevamente Diotino López, que había sido dueño de la vidriera del Hotel Inglaterra. Este, en 1933, lo vendió a Jesús Fernández, que diez años después la cerró definitivamente.

o o o

Poco antes del año 1895, se estableció en el Café Cosmopolita el «Refrigerador de Berenguer», colocando como anuncio

frente al edificio un farol de vidrio muy original, que tenía la forma de un barrilito de láguer. En el año 1900 «Pancho» Negra reedificó la casa, adicionándole otro piso y fabricándole también portales. Entonces ocupó el primer piso don Joaquín Portas en compañía de su familia. En el segundo piso vivieron los hermanos «Pancho» y Cristóbal Negra y un hermano de ambos, que era doctor en Medicina y oficial del Ejército Libertador. Estos Negra tenían una hermana nombrada Camila, casada con don Leonardo Chia, hombre muy rico que fué presidente de la Comisión de Festejos de La Habana en una temporada de Carnaval durante el Gobierno del presidente general José Miguel Gómez, ideando Chia la colocación de un gigantesco muñeco simulando al «Rey del Carnaval», en el Parque Central, frente a la calle de San Rafael. Este muñeco, que por sus colosales dimensiones, despertó gran curiosidad, se lo llevó una noche un grupo de «muchachos» de la Acera, apareciendo al día siguiente, decapitado y sin la ropa que lo cubría, en la puerta del Necrocomio, situado entonces en Zulueta y Refugio. La cabeza del muñeco estuvo algún tiempo guardada en la nevera del Café América, situado en la Plaza del Polvorín, hasta una noche que se celebraba un baile carnaval en el Teatro Tacón, que fué lanzada a la platea, desde la tertulia del teatro.

o o o

Fonseca, cantinero que fué del Cosmopolita, era un hombre muy querido de todos los «muchachos de la Acera». La noche en que se batieron a tiros frente al Cosmopolita el comandante Armando André, entonces director del diario «El Día», y el doctor Miguel Mariano Gómez, hijo del general Gómez, que era presidente de la República, y quienes se encontraban enemistados por una fuerte campaña que mantenía el periódico «El Día» contra el Gral. Gómez. Fonseca salvó la vida milagrosamente, pues en aquel momento estaba sentado en el escritorio del establecimiento, situado frente a la puerta de entrada. De este grave incidente fui testigo presencial y recuerdo que se desarrolló del modo siguiente:

Aquella noche Miguel Mariano y yo habíamos estado en un palco del teatro Pay-



ret y antes de terminar la función nos marchamos para ir al Teatro Tacón, de donde salimos en seguida, porque el espectáculo no nos interesó, decidiendo dirigirnos al Hotel Telégrafo para esperar allí la salida de los teatros. Y cuando tranquilos y despreocupados caminábamos por los portales de la Acera del Louvre, acertó a salir en aquel momento del café El Cosmopolita el comandante André, quien al ver a Miguel Mariano, instintivamente, se llevó la mano al cinto, lo que rápidamente realizó también Miguel. Entonces sonó un tiro y sonaron varios más, viendo yo cómo Miguel se parapetaba detrás de una de las columnas exteriores del edificio, donde disparaba a intervalos su revólver sobre la puerta del restaurant, desde donde, también parapetado, disparaba su revólver sobre Miguel Mariano el propio comandante André. Aquella escena, que fué rapidísima, sólo me permitió arrimarse a una de las paredes del Hotel Inglaterra, presenciando ansiosamente el duelo, hasta que los contendientes descargaron sus armas e intervinó la policía.

o o o

El gran café Washington, del que era propietario don José Rabell, estaba instalado en los días de la guerra de los Diez Años, en la casa contigua a la del Cosmopolita. Allí mismo, en el año 1887, se estableció la «Barbería de Inglaterra», de la que era propietario el propio Villamil, que puso al frente de la misma a Donato Soto, permaneciendo allí hasta poco antes de 1896 que fué cerrada, pasando Soto a prestar sus servicios a la que había establecido Villamil en el mismo edificio, por la calle de San Rafael. La mayor y mejor clientela de esta barbería, a más de los huéspedes del Hotel, fueron los muchachos de la Acera. Allí trabajaron como operarios, durante muchos años, excelentes barberos, entre quienes recordamos a Tomás, Patrocinio, Chicho y Pancho, todos fallecidos. Esta barbería desapareció en el año 1930.

Allá por el año 1896, residieron en la planta alta del edificio del Cosmopolita, que pertenecía entonces a doña Antonia María Coppinger y Marquetti, los esposos doña Angela Escobar y don Ernesto López, en compañía de sus hijos Mario, Ernesto, Julio, Ricardo, Antonio y Matilde. Doña Angela en aquellos días no era ya la propietaria del ingenio «Marquetti» y «Santisima Trinidad», también conocido por «Torrontegui», ubicado en el pueblo de Alquizar, que había heredado de su señora madre, y ésta de su tío don Joaquín Marquetti, muerto en estado de soltería. Este ingenio fué el primero en Cuba que instaló una planta propia para alumbrado de sus dependencias y bateyes.

En el año 1896, cuando este matrimonio no residía allí, producía esta casa una onza de oro diaria como renta. Entonces su planta se comunicaba con la del Cosmopolita, y ambas casas con el Hotel Inglaterra, que las arrendaba en las temporadas de invierno.

En los años 1895 al 96, Ernesto López, «Tito» Ruenes y Ballester, como empresarios, establecieron en los bajos de esta casa un museo de fieras y de fenómenos. Exhibieron allí también, por primera vez en Cuba, el «Vitascopio Edison», presentando el magnífico espectáculo de la «Ninfa Aérea» y ofreciendo además funciones de títeres.

Después estuvo allí instalada la imprenta del diario «La Discusión», cuyo primer número salió el 1 de enero de 1898, siendo atacada la redacción el día 12 del propio mes por las turbas españolas, que

destrozaron máquinas y muebles, suspendiéndose, por ese motivo, la publicación del mismo.

En los días del bloqueo de La Habana por la escuadra norteamericana, compró la casa don Perfecto F. López, estableciendo en ella su fábrica de tabacos. Este industrial restauró el edificio en el año 1900, construyéndole los portales y una planta más. Aún se ven en los magníficos balcones de esta casa las iniciales P. F. L. del propietario. Terminada la obra, ocupó don Perfecto el tercer piso con su familia. Uno de sus hijos, nombrado René, fué un inspirado poeta, muerto en plena juventud. A poco de terminarse esta reedificación, se estableció en la planta baja un «Coin francés», jugando sólo señoritas, y haciéndose apuestas durante el juego.

En el año 1901 ya existía allí el café «Delmónico», del que eran propietarios los señores Aufrán y Figueras. No recordamos cuándo cerró sus puertas. Más adelante, estableció allí el industrial señor Fonseca un expendio y depósito de tabacos. Recordamos que cada tabaco tenía un anillo con el retrato de Fonseca, estando envuelto en un papel de china blanco, cosa que realizó esta casa por primera vez en nuestro país. Después existió allí, en 1912, una barra de un norteamericano cuyo nombre no recuerdo. Más tarde, se alojaron en esta casa las oficinas de la Ward Line, a cuyo frente estaba don Charles Echevarría, cuñado del doctor Benigno Souza. Allí estuvo después el «Expreso Pan Americano», a cargo de Ricardo Linares. Actualmente existen las oficinas del «Expreso Wells Fargo».

Recordamos que en el primer piso de este inmueble estuvo instalado un Club Americano, y años después otro Club, integrado por los muchachos de la Acera que simpatizaban con el general Menocal, siendo presidente don Miguel de Cárdenas, y sustituyéndole, si no estamos equivocados, el coronel Gabrielito de Cárdenas. Su último presidente fué «Pepe» D-Strampes.

o o o

Dijimos la semana anterior que, a nuestro juicio, la Acera del Louvre ha tenido tres periodos. El primero, después de terminada la guerra de los Diez Años, del 1876 hasta 1895 que se inicia nuestra Guerra de Independencia; el segundo comienza después de terminada esta Guerra, hasta que la política entró en la Acera del Louvre; y el tercero, que es el actual, a partir de este último momento.

Los muchachos que en el primer periodo frecuentaban la Acera eran, entre otros más, el general Julio Sanguily, Perico Armenteros, general José María Aguirre, Miguel Andux, Rafael Montalvo, Filiberto Fonst, Agustín de la Guardia, Cristóbal de la Guardia, Alberto Jorin, Pepe de la Torriente, Joaquín Lancis, el gordo Granados, Luis Venancio Murias, Jorge Serpa, «Yoyo» Heredia, Arturo Touzet, Angel Soler, Carlos Ayala, Piedrahíta, Vicente García, Cecil Goudie, «Tano» Carrillo, Pancho Arango, Joaquín Cabaleiro, Miguel Angel Cruz, Pepe Ugarte, Wifredo Goicuria, Arturo Soler, Pedrito Mazorra, Héctor de Saavedra, Chichi Herrera, Aquiles Martínez, Pepe Jerez, Manolo Secades, Pancho Tabernilla, Jesús Sotolongo, Rogelio L. de Mora, Néstor Aranguren, Augusto, Ernesto y Joaquinito Ariza, Pepe Marqués, Joaquín Prieto, Leopoldo Supervielle, Gabriel Vandama, «Panchito» Clausó, Juan Manuel Martí, César Aenlle, «Colín» de Cárdenas y Benítez, «Pepe» de Cárdenas, Pedro Manuel Machado, Ricar-



do Ponce, Gonzalo de Cárdenas, Murito, Guerrita, Feliciano Herrera, Ramón Hernández, Andrés Hernández, Alfredo Arango, Eugenio de Santa Cruz, Carlos Mendieta, Miguel Torrienté, Paco y Felipe Romero, Bernardo Soto Estorino, Pepe Ebra, Gabrielito de Cárdenas, Pablo y Pedro Mazorra, Enrique Hernández Miyares, «Chicho» Marty y su hermano, Carlitos Maciá, Pedro Pablo y Alberto Guilló, Pancho Varona Murias, Miguel de Cárdenas, Agustín Cervantes, «Tito» Ruenes, Ramón, Panchito Hueiga, Gabriel Forcade, Ricardo Ferrán, Pedro Scillozo, Ramón Sotolongo y José Manuel Rodríguez Alegre, que era bombero del Comercio y murió en el trágico incendio de la Ferretería de Isasi, el 17 de mayo de 1890.

El general español don José Lachambre solía frecuentar la Acera, concurriendo a algunas fiestas con los que eran sus amigos, la mayoría de los cuales fueron para la manigua a luchar por Cuba al estallar en el 1895 la Guerra de Independencia.

Al terminar esta contienda, volvieron a la Acera muchos de los «viejos», surgiendo otros que fueron, entre varios más, Julio Sanguily Jr., Pepe D-Strampes, Arturo Lavin, Miguel Mariano Gómez, Joaquín Laverías, «Paco» y Pepe Alba, «Edy» Machado, Manolo Fernández Renté, Pelayo y Fabila Fabián, Genarito de la Vega, Ignacio Weber, Pío Gaunaurd, Eduardo Borrell, Charles Aguirre, Tallo Gassó, Faustino y Ramón la Villa, Eduardo Soto, Raúl Cay, Silvio de Cárdenas, Cristóbal Saavedra, Juan Manuel Pérez de Alderete, Colín de Cárdenas y O-Farrill, Ramoncito O-Farrill, Gustavo Robreño, Paquito Guzmán, Ramón Díaz, Alberto de Córdova, Lalo y Peteto de la Portilla, Arturo López, Gustavo Menocal, Arturo Goudie, Ricardo Zayas, Mario López, «Bennie» Trujillo, Panchito González Iglesias, Calixto Martínez, José Luis Presas, Pichón Herrera, Rodolfito Alvarez.

Manolo Presas, Juan Galán, Susini de Armas, Carlos Martínez, «Mon» Novela, Antonio y José Montoto, Fernandito Scull, Pablo Menocal, Miguel Cutillas, «Matico», Arturo Maciá, Felipito González Sarraínz, Pepe Acosta, Enrique Muniozgueren, Alberto de Cárdenas, «Francois» Roca, Luis Almagro, Antofílico Ruiz, «Cucurrito» Farrés, Néstor Mendoza, Rodolfito Alvarez, Ramoncito de Castro, Emilio Boves, Arturo Altuzarra, Chicho Corujedo, Manolo Bhe-tarthe, Cecilio Acosta, Pepito Delgado, Manolo Cuevas, «Pi» Novela, Leopoldo Gabancho, Ramiro Ramírez Tamayo, Enrique Díaz Echarte, Luis Echeverría, Julio Martínez Zaldo, Paquito Pérez Briñas, José Estrada Palma, Oscar Hernández, Armando Ebra, José Emilio Obregón, Pablito Villegas, Federico Morales, Pedro P. Echarte, Alfredo Fernández, «Pancho» Robreño, «Joselin» Pelayo, Aurelio de Armas, Rafael Gaspar Montoro, Ramón Alberiche, Guillermo Du-Bouchet, Emilio Freyre, Ramón Larrea, Generoso Canal, César Corujedo, Manuel Domínguez, Jacinto Pedroso, Ramiro Pedroso, Conde de Duany, Pablito Moliner, Oscar Mestre, René Vidal, Oscar Díaz Albertini, Miguel Morera, Rodolfo y «Tan» Mallen y «Cheché» López.

Y ya que mencionamos a los muchachos, justo es hacer referencia también de los cocheros, que servían a estos jóvenes con sus magníficos coches y excelentes caballos. Eran, entre otros, Camagüey, Guanajay, Domingón, Pancho «pe-lao», Faba Fermín, Aguacate, Matanzas, Perico Lila, Chicho el Chino, Joseito, Caballito, Jufía, Bistequito y Cachimba.

Y también los limpiabotas de la Acera, que eran Paulino, Conguá, Julio, Eligio, Cervantes, Negro viejo, Rufino y el Manquito.

o o o

De poco espacio más puedo disponer, para referir algunas de las tantas anécdotas relacionadas con la Acera del Louvre.

Una de ellas, se refiere a la diablura que realizó un grupo de «muchachos», al ocurrírseles tomar parte en el paseo de carnaval del año 1915, formando una comparsa que simulaba a «Napoleón con su Estado Mayor». Arreglándoselas como pudieron, lograron que les facilitaran unos cuantos mulos del transporte a lomo del Ejército, con su guía, que era una mulita tuerta del ojo izquierdo, consiguiendo también que Esperanza Iris le prestara los trajes de las operetas «El soldado de chocolate» y «El conde de Luxemburgo». Formada la comparsa, Rodolfito Alvarez, con el traje de Napoleón, montó la mulita tuerta, poniéndose al frente de la fuerza y siguiéndole, montando los mulos, Silvio de Cárdenas, que era el jefe de Estado Mayor, «Pichón» Herrera su ayudante, Andrés Hernández, Manolo Cuevas Zequeira, Paquito Pérez, Pepito Alba, Pedro Pablo Echarte, Miguel Kohly, sargento y corneta de órdenes, Francois Roca, Paquito Guzmán, «Polito» Gabancho, Gerado Vega y Pablito Villegas, que demostró ser buen jinete, pues la mula se le cayó en la calle de Animas y logró levantarla sin desmontarse. Emilio Boves iba en el grupo vestido de uniforme, descalzo, con botas y espuelas, llevando la cara pintada de negro y muchas medallas de lata colgadas al pecho.

Hicieron en aquella ocasión cuanto se les ocurrió, metiéndose montados en las mulas dentro del Parque Central y haciendo abandonar el lugar a la Banda Municipal; atravesaron los portales del Hotel Inglaterra y Telégrafo, entraron en el Hotel Miramar por la parte de San Lázaro y salieron por la de Malecón; se metieron en Vista Alegre y se empeñaron finalmente en subir la escalinata del teatro Payret, logrando sólo realizarlo Pablito Villegas, Silvio de Cárdenas, «Pichón» Herrera y Miguel Kohly, hasta que la policía los detuvo.

A la mañana siguiente, todos fueron al Juzgado Correccional del licenciado Antonio García Sola, celebrándose el juicio, que fué muy jocoso, pues mientras los «muchachos» alegaban que no pudieron dominar las bestias, la policía los acusaba de escándalo. El juez dictó al cabo sentencia absolutoria, y todos salieron contentos, incluso los mismos policías, de quienes eran amigos.

o o o

Otra de las diabluras de estos muchachos, fué la comparsa que formaron cuando el alcalde Freyre permitió tirar harina en el Paseo de Carnaval. Vestidos de blanco, con una banda roja al pecho y sombrero de yarey, ocuparon un automóvil descubierto y fué tanta la harina que tiraron aquella tarde, que los automóviles patinaban en el Paseo, pues un aguacero que cayó formó una miga muy gelatinosa. Al final del paseo, entraron en Vista Alegre en momentos en que comía la dependencia en una larga mesa, lanzando sobre ellos tal cantidad de cartuchos de harina que la comida se echó a perder y todos tuvieron que abandonar la mesa.

En la próxima semana terminaremos los trabajos sobre la Acera del Louvre, con algunas anécdotas más.

Alu, marzo 20/47